

La vida de Juan María de la Mennais,

pendiente de cuatro “síes”, sostenidos por un hilo conductor.

Se ha dicho que la vida humana depende de tres o cuatro “síes” pronunciados alrededor de los veinte años, -antes o después-, cuando la persona humana debe enfrentar y decidir su futuro.

Con un cierto bagaje de preparación, intelectual, moral, física, religiosa, el joven debe optar y tratar de encarrilar la dirección de su vida, -¿por dónde va a ir, qué va a hacer?-, sea en lo estrictamente humano, como en lo trascendente: en lo que piensa y quiere hacer; en lo que se pretende ser. Es lo que suele expresarse con los términos: profesión y vocación.

Todo ello conlleva y supone una serie de connotaciones e interacciones, sean personales, sociales, institucionales, etc.

...Y vayamos al caso de Juan M. de la Mennais. Vimos en la primera charla algunos aspectos de su personalidad. Ello nos va a iluminar el presente tema. Y, a su vez, lo que ahora veremos puede ser una pista para explicar lo que ya vimos.

En nuestra opinión, hubo en su vida cuatro momentos que tuvieron una importancia decisiva. Puede o pudo haber otros más, particularmente en su foro interno, que no nos es dado conocer. Los que ahora exponemos son ciertamente fruto de una decisión personal e íntima y con una proyección exterior decisiva en su vida ulterior. Todos ellos van sostenidos por un algo, por un hilo conductor.

Es llamativo que esos momentos que podríamos decir clave, en la vida de Juan María tienen un carácter eminentemente positivo, generador de vida, y de vida en su sentido amplio y más completo: vida física o humana y vida en el orden sobrenatural y trascendente. Sin olvidar, sin embargo, que toda opción, por muy elevada o globalizante que sea, supone y conlleva una renuncia: elegir es renunciar, decimos... Y esa otra renuncia a veces, ni es fácil, ni es sencilla, porque también ella es a veces, vida; pero es otra vida, o la de otra persona. Y es el hilo conductor el que orienta la propia decisión. Cada uno lo sabe: esta elección puede costar, en ocasiones sangre, sudor, lágrimas...

Primer “Sí” de Juan María.

Estamos en 1790. Un año antes se ha desencadenado, en Francia, la Revolución. La situación se hace cada vez más tensa y delicada, para los cristianos que desean mantenerse fieles a la Iglesia y al Papa. Y eso es particularmente conflictivo, para los sacerdotes y los Obispos. Juan María es entonces un niño, tiene diez años y vive la situación de manera muy personal. La familia posee una propiedad colindante con el Seminario menor de la diócesis, - les Corbières-. Allá va a menudo el obispo. Habiendo decidido alejarse del país, visita a la familia La Mennais en plan de despedida, que puede ser por mucho tiempo. Le presentan a Juan María. Deciden celebrar la Misa al día siguiente. Pero, ¿quién me ayudará la Misa?, pregunta. – “Yo, responde decidido Juan María”. – “¡Muy bien, niño! Pero sabes de veras ayudar a Misa?” – “Sí, Monseñor” – “¿Y sabes también el Catecismo?” – “Así es, Monseñor: de punta a cabo. Le hace el Obispo algunas preguntas, quedando convencido de que, efectivamente, el niño se lo sabe bien.

- “ Escúchame, Juanito”, le dice: “Voy a marchar y no sé cuándo podré regresar. Ya que estás bien preparado, encomiéndate mucho al Señor y mañana, con la Confesión, te doy la Primera Comuni3n y la Confirmaci3n”. Efectivamente, as3 se hace al d3a siguiente. Y Juanito es, adem3s, el ac3lito en la Misa.

Pasan luego, al sal3n para celebrarlo y hacer la despedida, con toda la familia del armador alrededor del Obispo. Pero falta uno: Juan Mar3a. ¿D3nde estar3? Al fin aparece, con un atillo al hombre, como preparado para un largo viaje: “¿A d3nde vas, hijo m3o”, le pregunta don Pedro, su padre. – “Acompa3nare al Sr. Obispo. En el destierro no tendr3 quien le ayude a Misa. Con el Se3or Obispo no tendr3 miedo”. Se conmueve el Obispo ante tanta generosidad, pero no puede aceptar aquella compa3a que, m3s que nada le habr3 de crear problemas.

- “Querido Juanito, te lo agradezco; como no s3 cuándo podr3 volver, no te puedo llevar”.
- Pero, Se3or Obispo, estando con usted no tendr3 miedo..., le ayudar3 a Misa, usted me ense3ar3 lat3n, me har3 sacerdote y nunca me separar3 de usted”.
- Se acrecienta a3n m3s la emoci3n del Prelado, abre sus brazos y estrecha al ni3o, prometi3ndole: “A mi regreso te ordenar3 sacerdote”.

...He aqu3 el primer s3: Juan Mar3a apuesta: con la sencillez y transparencia de un ni3o se compromete con el Se3or, como sacerdote.

El tiempo demostrar3 que no ha sido una decisi3n meramente ocasional y emotiva: se transforma en algo vivencial: en adelante se ir3 organizando y estudiando, las ciencias divinas y humanas. Y, ¿c3mo lo vive? - Sigue ayudando a Misa, pero muy de otra manera: a veces, con peligro de su vida, en la noche adentrada, va all3 donde se refugian los sacerdotes refractarios, fieles al Papa, perseguidos a muerte por la Revoluci3n. Busca y da refugio a los sacerdotes perseguidos, que tratan de huir. Apart3ndose de fiestas y celebraciones que podr3an tener una car3cter dudoso, desde el punto de vista religioso o moral. Y aconsejan lo mismo a su hermana Mar3a, lo que le vale, en su momento, un bofet3n y el reproche su padre: “¡Esto, para el doctor en teolog3a!”.

Ello se convierte, adem3s, en el trampol3n para el siguiente paso y decisi3n, como veremos...

Segundo “S3” de Juan Mar3a

Va pasando el tiempo. La Revoluci3n se va comiendo a sus mismos fautores. Han sido guillotinado el rey Luis XVI y su esposa Mar3a Antonieta, pero tambi3n Danton y Robespierre. Napole3n, hecho primer c3nsul, sigue escalando los pelda3os del poder hasta hacerse con todo el gobierno de la naci3n. La familia La Mennais, en Saint-Malo se entera de que el Obispo, Mons. de Pressigny ha regresado del destierro y se ha establecido transitoriamente en Par3s.

Sin pensarlo dos veces, Juan Mar3a se encamina hacia all3, provisto de senda carta de recomendaci3n de su padre y de su t3o. Quiere, adem3s completar su formaci3n y se aloja en el Seminario de Misiones Extranjeras de la Capital. Cada d3a toma fuerzas, participando en la Santa Misa. Un d3a queda sorprendido al escuchar una voz amiga, la del celebrante: “Esta voz, -piensa- me es conocida; en alguna parte la he o3do”. Y cada

vez que el celebrante se da vuelta, va reconociendo los rasgos de su cara. En el “Podéis ir en paz” final tiene una certeza: el celebrante es el mismísimo Mons. de Pressigny, ni más ni menos: su obispo. Corre a la sacristía, se echa a sus pies y: “Usted es Mons. de Pressigny, ¿no es verdad?” – “Así es: lo soy. Pero vos, quién eres?” La sorpresa es enorme: y no es para menos: han pasado once años; delante tiene a un joven que resulta ser el niño que un día le ayudara a Misa; el niño a quien, ya hecho un hombre prometiera hacer sacerdote... Y justamente en eso estaba, en la misma decisión de hacerse sacerdote: para eso ha venido a París... Le da cuenta del camino recorrido, los estudios realizados, las recomendaciones de que es portador y... –“Todo eso está muy bien”, le dice el Prelado, pero...

Salen de la sacristía y, por la calle Vaugirard se van directamente a la iglesia de las Carmelitas: las paredes están aún teñidas con la sangre de los mártires, “Aquí mismo, -le dice el anciano Obispo-, por odio a la religión, fueron asesinados varios Obispos y muchos sacerdotes, religiosos y religiosas. Sus verdugos viven todavía. ¿Crees que no pueden volver a empezar?” - “Por mí, cuando quieran, señor Obispo. He visto en Bretaña subir al cadalso a no pocos sacerdotes. Y justamente ese espectáculo he reafirmado en mí la idea de ser sacerdote. Por el triunfo de la religión estoy dispuesto a dar mil veces mi vida: Ser sacerdote y mártir, ¿no es acaso doble dicha y gloria? “ – No me esperaba menos de ti, hijo mío, y no me equivocaba en la opinión que de ti me había formado”. Un gran abrazo acompañó estas últimas palabras. Sabe entonces, Juan María, que su Obispo ya no será más Obispo de Saint Maló... “Pero aún lo soy, -le dice-, y ya que no pueda hacerte sacerdote, sí puedo abrirte las puertas del santuario. Mañana mismo”.

Así es cómo, el 21 de diciembre de 1801 Juan María recibe, en la capilla de las Ursulinas, las Órdenes menores y el subdiaconado. Sigue, luego, por un tiempo en el Seminario de París y regresa, después, a Saint- Maló, para darse al apostolado específico y prepararse para el sacerdocio.

He aquí el segundo “Sí” de Juan María. Poco habría que añadir, aunque sí preguntarse y constatar que una fuerza interior tiene que correr por su ser y fortifica su ideal.

Tercer “Sí” de Juan María

Pasan los años, pasan... Luego de haber desempeñado tareas importantes y desarrollado una gran trabajo como pastor de almas, es propuesto para llevar adelante una importante misión en la iglesia de Francia, pero con sede en París. Mucho le cuesta a Juan María decidirse. Hasta tres cartas del mismísimo Rey de Francia son necesarias para que se traslade a la Capital.

Como Vicario del cardenal responsable del buen funcionamiento y organización de la Iglesia de Francia y de la asistencia espiritual de la Corte, sus tareas son variadas y de peso. Por sus cuidados, entre otras actividades, son nombrados y consagrados cuarenta nuevos obispos. Reconoce estar bien, muy bien, pero... “Es imposible estar mejor de lo que estoy”, -escribe a un amigo. Sin embargo, no sueña más que con Bretaña, con sus Hermanos, sus niños, sus amigos”...

Luego de dos años de intensa labor y compromiso, es reorganizado el gobierno de la Iglesia francesa; Juan María queda libre. El horizonte que se le presenta es por demás

prometedor, desde el punto de vista eclesiástico y humano. Su predecesor en el mismo cargo, Mons. de Quelen, pasó a ser arzobispo de París y luego cardenal. Al mismo Juan María se le propone, entonces, el obispado de Quimper (Finisterre), en la misma Bretaña. Podría ser el comienzo de una brillante carrera eclesiástica. Efectivamente, por los años de 1850 un periodista comentaba que por aquel entonces, Juan María de la Mennais debería ser el cardenal más antiguo en la iglesia de Francia.

Él lo veía de otra manera. En Bretaña había dejado algo huérfanos a sus hijos, los Hermanos, con los niños. Es verdad que pasa con ellos las vacaciones de verano, que trata de escribirles cada dos meses y aprovecha cualquier oportunidad para hacer una escapadita y visitarlos y que, estando en París aprovechó para imprimir la Regla. Pero no... Su visión de la vida es otra.

La Congregación se va agrandando... Con el P. Deshayes ha adquirido y puesto su casa Central en Ploërmel, antiguo convento de monjas Ursulinas. El mismo P. Deshayes, cofundador ha tenido que irse y asumir otra muy importante obra de Iglesia. El Noviciado aumenta. Se siente la necesidad de potenciar su formación. Las obras se desarrollan. Y sobre todo, están los niños. ¡Los niños! Por ellos se ha jugado. Ellos son la razón de su vida junto con los Hermanos que los educan.

Su decisión está tomada: deja de lado y para otros la responsabilidad de una gran Iglesia, es verdad, pero su brújula gira hacia el norte. Su estrella polar está en Ploërmel. Allá llega en noviembre de 1824, luego de dejar París: toma posesión de la nueva sede central y da comienzo a la reestructuración y remodelación de la misma, para la gran obra de la educación cristiana, en Bretaña, en Francia y en el mundo: “Dar a conocer y hacer amar a Jesucristo”.

Este tercer “Sí” puede aparecer menos perentorio y menos espectacular. Sin embargo, el tiempo irá demostrando que, en ciertos aspectos, es una decisión importante en su vida: la definitiva. Juan María se asienta en Ploërmel y ya no lo dejará más; desde allí irradia su labor hasta el final de sus días se convierte en el centro de sus correrías por los cuatro puntos cardinales. Y en Ploërmel será enterrado, en la capilla que con el tiempo llegará a construir.

Cuarto “Sí” de Juan María

Sigue pasando el tiempo y sigue Juan María en su labor... El mapa de los pueblos de Bretaña coincide cada vez más con el de sus escuelitas. Ellas son la solución al problema educativo nacional, por un lado; pero sobre todo, cumplen con un objetivo superior en la mente de Juan María: Jesús está en el centro de la escuela, porque lo está en el centro de la vida.

Por su proyección civil, las altas autoridades del Estado francés van penetrándose de la importancia y seriedad de la obra menesiana. Por aquel entonces, hay un problema que inquieta grandemente al Estado: las colonias con esclavos en las Antillas, en el mar Caribe, Martinica y Guadalupe, especialmente.

El recuerdo de lo ocurrido en Haití en 1803, cuando Napoleón les concedió la independencia y sin más pasaron a cuchillo a todos los blancos, exceptuados los médicos y los sacerdotes, tenía muy preocupado al gobierno de Francia.

Había que pensar en la preparación de la emancipación de los esclavos. ¿Quién, cómo... afrontarla? No había tiempo que perder. En 1836 fueron enviadas propuestas por el Ministro de la Marina y las Colonias, almirante Rosamel, a las ocho Congregaciones religiosas más en vista de Francia. Una de ellas se excusó: no podían afrontarlo. Otras seis ni respondieron.

Sólo hubo uno que verdaderamente lo tomó en serio, aunque sin comprometerse; era Juan María de la Mennais, quien firmaba la respuesta. Días más tarde, el 15 de octubre de 1836, en forma más confidencial le escribía al ministro de Educación Guizot, protestando él, pero gran admirador y hasta amigo de la Mennais: “No he dicho que no, ¡sería tan bella y tan santa esta obra! Pero tampoco he dicho que sí. Porque se presenta siempre la misma objeción: ¿Dónde hallar bastantes sujetos para cubrir a tantas necesidades y por qué lanzarlos tan lejos cuando se tienen tan pocos? ¡Ah, si tuviera la ayuda que quisiera!”

Y, es que, en realidad, la propuesta no encajaba en el proyecto inicial de Juan María: limitarse a Bretaña, sin extenderse al resto de Francia y mucho menos al extranjero. La Congregación era joven, demasiado joven: los Hermanos mayores contaban poco más de los cuarenta años. La formación había sido más bien rapidita...

Por otro lado, la propuesta había tocado una de las fibras más sensibles del la Mennais: nacido en un puerto, - Saint- Malo-, hijo de armadores y navieros, y habiendo pasado sus primeros años junto a los muelles malunos, las empresas arriesgadas del mar le atraían. Y cuando sobre estas empresas campaba la gloria de Dios, nada le podía echar atrás.

Los dos ministros, -el de las Colonias y el de Educación-, siguieron insistiendo, las cosas se fueron arreglando y haciendo con tiempo, peso y sosiego: como otros paisanos suyos habían sido famosos corsarios, descubridores de nuevos mundos, tierras y mares, él sería el Corsario de Dios. El 10 de Diciembre de 1837 salían de Brest cinco Hermanos con destino a la Guadalupe. Así daba comienzo la batalla contra la esclavitud, encomendada a Juan María y a sus hijos, los Hermanos. Once años más tarde llegaba la emancipación, para satisfacción de todos. Y se escribía una de las páginas más hermosas en la Historia de la Evangelización de América.

Era el cuarto “Sí” de Juan María, costoso él, pero en la misma línea y reflejo de su identidad personal. ¿Cuál era el motor, o si se quiere, el hilo conductor que había sostenido y dado fuerza al engranaje todo de esa vida, en sus distintas etapas? Es lo que vamos a ver, D. m.

Hilo conductor en la vida de Juan María de la Mennais

Con ocasión del bicentenario del nacimiento de Juan María, en 1980, el H^º. Carmelo Rizzo, Asistente general, escribió un precioso artículo sobre la figura de Juan María. Lo compara a los profetas del Antiguo Testamento.

Dice. “En la vida de los profetas que Dios se escogió para proclamar su mensaje, se encuentra, casi infaliblemente, un momento privilegiado de su vida en el que el elegido ha

sentido en forma más aguda el signo de su vocación, en el que ha vivido con profunda intensidad un ideal tan vasto que toda la eternidad sería corto tiempo para realizarlo”.

¿Un ideal? ¿Un hilo conductor en su vida? ¿Lo tuvo Juan María? ¿Cuál? -
 Creemos que, en la vida de Juan María hay un momento estelar, diríamos, que clave, en el que, como para el profeta, se identifica con el mensaje y con aquellos a los que es enviado.

El 6 de junio de 1819 Juan María de la Mennais había firmado el Tratado de Unión con su amigo y cofundador, Gabriel Deshayes. Ambos se comprometían a seguir y compartir la dirección de la obra común, la Congregación de los Hermanos de la Instrucción Cristiana, estableciendo cada uno un Noviciado. Así se hizo.

De esta suerte un año largo después, el 9 de septiembre de 1820, al terminar el año de Noviciado se reunieron de nuevo en Auray. Los novicios hicieron su Primera Profesión, recibiendo un Crucifijo, sobre la sotana, y Juan María les entregó el lema de la Congregación “¡Dios sólo!”

De esa forma el Fundador plasmaba su propio ideal, identificándolo con el de sus Hermanos.

No era una novedad en la Iglesia. Fue Santa Teresa de Jesús la genial iniciadora del mismo, en su inolvidable letrilla: “¡Sólo Dios basta!” y, a través de la llamada Escuela francesa de Espiritualidad moderna le llegó a Juan María, gran admirador y devoto de la Santa de Ávila.

Dios sólo era el aire que Juan María respiraba, su fuerza y sostén: “¡Pues qué! ¡Dios sólo!, ¿no os bastará?”, solía decir. Así lo había sido para él desde sus años mozos, así lo fue toda su vida. He aquí una frase, entre muchas, que lo podría testificar; con ella terminamos: “Nuestra libertad, nuestro cuerpo, nuestra vida, todo es del Señor. Ya no nos pertenecemos, somos de Dios sólo”.